

DESAGRAVIO

«Los cardos toscos, elevados a rango decorativo; los que habían merecido siempre despectivos conceptos, entronizan lo más áspero y lo más tirado en la meseta».

(«De orilla a orilla—Nostalgias—», por Ramón Gómez de la Serna, en «Arriba», 11 abril 1948.)

RECUERDO—con la vaguedad y persistencia de las cosas vistas en la infancia— que, colocados en sendas rinconeras, había en la casa paterna dos «cacharros de Segovia» decorados con papeles (resabios escolares muy del gusto de la época) y que contenían, ¿cómo no?, cardos. Eran impresionables elementos decorativos en la estancia y resistían incommovibles cualquier reforma o mudanza en la mutable interpretación del dispositivo interior del hogar, característica de toda mujer, aunque sea madre. Vi desfilar por la habitación los muebles más diversos en los estilos más varios, e incluso ellos debieron sentirse en alguna ocasión mudados de pedestal, pero no de sitio; aquéllo me hizo pensar en la importancia que pudieran tener tales plantas y, un buen día, al volver del estudio, me fuí derecho hacia los cardos; quería examinar prácticamente, aunque sólo fuera en «aquella crujiente secura», cuanto en teoría nos había sido explicado momentos antes en la clase de Botánica. Mi sorpresa fué grande al comprobar que los multicolores cacharros y su contenido habían sido suplantados por unos panzudos búcaros con carnalescas florecitas de papel. La causa me la explicó mi madre con unas palabras sin importancia:

Cardencha (capricho). Foto Merlo Delgado.



—Hijo; es que ya no se llevan. Me encogí de hombros, pensando para mi fuero interno: —Será verdad; y me puse a hojear resignado el texto de Historia, en cuyas ilustraciones veíanse frisos y cornisas del más puro estilo ojival y en las que las cardinas jugaban un importante papel. ¡Pobres cardos!; y pensar que, hasta hace unos momentos, eran como el símbolo del «último de los decorativismos».

La tarde dominguera se muestra apacible y primaveral, invitando al paseo. Un airecillo suave empuja el oleaje del inmenso y verde mar castellano hasta los muros de contención de las primeras tapias del pueblo: nuestro pensamiento va más allá y se imagina la resaca veraniega en que el recalcitrante calor de un sol de plomo, caído de lleno sobre una tierra sin obstáculos, dora los frutos y ennegrece los torsos de los hombres en esta llanura sin confines. Un hálito de fuego envuelve al pobre hatillo bajo el carro y cuan-